

ECUADOR

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Freddy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazu Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE 86

Quito-Ecuador, Agosto del 2012

PRESENTACION / 3-4

COYUNTURA

Diálogo de Coyuntura: Política y sociedad en tiempos de predominio estatal / 7-26

Conflictividad socio-política: Marzo-Junio 2012 / 27-34

TEMA CENTRAL

Cómo el sujeto se hizo objeto de las Ciencias Sociales

José Sánchez-Parga / 35-54

Construcción identitaria del sujeto

Robert Steichen / 55-76

El sujeto nace de su sujeción: De la antropología al psicoanálisis

Marie Astrid Dupret / 77-94

La literatura y la metafísica del Sujeto

Fernando Albán / 95-104

El sujeto y la muerte en la Filosofía Contemporánea

Ruth Gordillo / 105-114

Contingencias del concepto de sujeto en las humanidades y las disciplinas sociales

Guillermo García Wong / 115-130

DEBATE AGRARIO-RURAL

El empleo rural no agrícola en Ecuador

Cristian Vasco y Diana Vasco / 131-142

ANÁLISIS

Miseria del Populismo

Daniel Gutiérrez Vera / 143-150

La Constitución perdida. Una aproximación al proyecto constituyente de 1938 y su derogatoria

David Gómez López / 151-168

2 Índice

RESEÑAS

Enemigos íntimos: el cambio en la dinámica faccional del polo democrático alternativo / 169-172

COYUNTURA

Diálogo sobre la Coyuntura: Política y sociedad en tiempos de predominio estatal

Participantes: Jorge León, Investigador del Centro de Investigación de los Movimientos Sociales (CEDIME); Franklin Ramírez, Profesor Investigador de Flacso- Sede Ecuador; Luis Verdesoto, Analista Político; Hernán Ibarra, Investigador Principal del Centro Andino de Acción Popular.

En el marco de la dominante figura presidencial y las acciones de una oposición política de diverso signo, se procesa una reconfiguración del espacio político en el que las tendencias de izquierda, centro y derecha buscan articular liderazgos. La acción estatal se ha tornado decisiva en la estructuración de la política y dificulta una representación política alternativa.

Hernán Ibarra. Las actuales condiciones de la política tienen un conjunto de aspectos que están vinculados a la conformación de un espacio político dominado por la figura presidencial y la acción estatal. El peso de un liderazgo fuerte se ha manifestado en su capacidad confrontacional persistente con los medios privados, no obstante el hecho de que éstos han recobrado un margen de respuesta al gobierno. La acción estatal prosigue sustentada en la capacidad de realizar un crecido gasto público a pesar de la incertidumbre en el mantenimiento de los precios del petróleo y del ritmo de las exportaciones no petroleras.

Las opciones políticas electorales revelan la existencia de tendencias de derecha, centro e izquierda que en su conjunto evidencian una intensa frag-

mentación. La probable candidatura de Guillermo Lasso indica una tendencia hacia la reconfiguración de la derecha bajo principios liberales basados en la apelación a una menor intervención del Estado y la reivindicación de principios empresariales en la organización de la sociedad y la política. En el centro político parece predominar un problema central de estructuración política marcado por la crisis terminal de la Izquierda Democrática. La izquierda por su parte, impulsa procesos de unificación en un frente electoral que tiene siempre el riesgo de posiciones faccionales y disputas por liderazgos.

Los acontecimientos políticos recientes en América Latina muestran dinámicas diferenciadas. La destitución del Presidente Lugo en Paraguay puso en evidencia su debilidad en el marco de la au-

sencia de apoyo parlamentario. Mientras que Evo Morales se ha visto cuestionado por una fuerte huelga policial y movilizaciones indígenas. En México, el regreso del PRI al poder señala la dificultad de una opción electoral de izquierda.

¿Cuáles son los aspectos que están configurando el espacio político? ¿Está descontado un nuevo triunfo de Correa?

Jorge León. Fuera de la caída de los partidos y la indefinición organizacional política actual, éste es el más largo período de indefinición partidario que estamos teniendo desde los años 60. Si hacemos el recuento de la organización política, los 60-70 fueron de una redefinición de la matriz de liberales, conservadores y socialistas. De allí sale la colección de partidos: social democracia, democracia cristiana, etcétera. Había un elemento hilvanador ideológico de esas redefiniciones. La Democracia Cristiana redefine al Partido Conservador incorpora elementos socialistas, se distancia de los socialcristianos, habían referentes ideológicos dentro de los cuales se dan las redefiniciones. En los socialistas está Cuba, la tendencia maoísta y nacen varias tendencias. El populismo se afianzaba en ese momento, entonces fue un contexto de redefinición de tendencias ideológicas y lo segundo, que me parece aún más relevante, esa redefinición partidaria se acompañó de la constitución de bases sociales de apoyo a fuerzas políticas. En cambio, ahora tenemos indefinición de redefinición de organizaciones políticas, un vacío ideológico, los referentes de definición ideológica están difíciles de identificar, difíciles de ver y también hay una pérdida de las pertenencias sociales o de identificación social con alguna de las fuerzas políticas.

La izquierda eran los trabajadores sindicalizados y la clase media instruida serranos, por ejemplo; pero esos referentes de pertenencia han bajado y lo que encuentro es que la parte ideológica no tiene referentes para sus redefiniciones. Las organizaciones han perdido clientelas y en este vacío se impuso un cacique mayor que es Rafael Correa quien ha captado de todo. Rafael Correa tiene lo que fueron los socialcristianos en Manabí, lo que fueron las izquierdas en la Sierra y tiene un discurso que es más de definiciones primarias que de concepción ideológica. Al vacío de partidos, organización y definición ideológica, su discurso ha llenado junto con esta idea de tener más una maquinaria electoral que partidaria con el éxito que él tiene y que funciona mucho con la capacidad de acción y gasto del Estado. Se está construyendo un nuevo sistema de poder que no es una innovación, pero nuevo para lo que teníamos antes, con esos dos componentes que me llaman mucho la atención: vacío de referentes ideológicos y las bases sociales de las fuerzas políticas anteriores que ahora están mutando y que Rafael Correa la capta de todos lados porque a la larga podríamos pensar que se está construyendo algo similar a lo que se llama el *catch-all party*, el partido que capta de todos los lados, que nace en ciertas circunstancias y que podríamos decir tiene componentes de un poco de lo que fue el peronismo y otros de lo que fue el PRI; subrayo así la mezcla de un no-partido y que responde más bien a una entidad electoral para un caudillo, hasta ahora.

Luis Verdesoto. Es evidente que desde 2007 estamos viviendo otra etapa del ciclo de democratización ecuatoriana.

riano, que se inició en 1979, marcado en sus inicios por el intento de configurar un régimen de partidos, una democracia convencional de instituciones clásicas, que buscaba una representación con referentes sociales dentro de parámetros convencionales del desarrollo capitalista (no se si buscaba representaciones de clases necesariamente, pero sí de conjuntos/amalgamas sociales). No analizo por qué se cayó el régimen de partidos, pero la crisis 1996-2006, fue una década destructora de aquel intento de modernización clásico, y dio lugar al surgimiento del fenómeno neopopulista que vivimos hoy.

El primer elemento que caracteriza a este fenómeno neopopulista es la exclusión de la sociedad, una absoluta indiferenciación de los actores sociales. La indiferenciación, más que una construcción discursiva fuera de ideologías, se produce en la construcción política contra la sociedad. El “aplanamiento social” tiene significados fuertemente “totalitarios” y autoritarios”, en el sentido clásico del totalitarismo, esto es, de penetrar todos los intersticios de la sociedad y hacerlos profundamente dependientes de la forma estatal; y, de autoritarismo, en el sentido de despotismo contra la sociedad. En el pensamiento público/estatal, solo existe una sociedad devaluada. El iluminismo estatal aspira a subordinar a la sociedad a un rol en la reconstitución del Estado, quizás soporte acrítico, masa sin representación autónoma, es decir, el viejo parámetro con que se hizo modernización y democracia en el Ecuador. Esta “vía” sale fuera de los clásicos canales de la izquierda, que se caracterizó por combinar Estado con representación. Recuerdo que en la constituyente

del año 1998, la gran interrogante de la izquierda fue cómo conformar un régimen semi-parlamentario y la forma que había que pensar en el país. Pero, de pronto, los sucedáneos de izquierda han pasado a la exacerbación extrema de que reconstituir el Estado redundará (derivará mecánicamente) en una reconstrucción de la sociedad.

Efectivamente, a nivel de la inversión pública ha generado un proceso de modernización sin precedentes, con sustentos en la modernización infraestructural, la que ha sido clásica en los populismos ecuatorianos. Además del rentismo, el populismo siempre caminó por la vía de la obra pública. Velasco Ibarra fue generador de carreteras (como su herencia, en su tiempo, Ecuador ocupó el ranking de cuarto país de América Latina en carreteras de segundo y tercer orden). Junto a las infraestructuras, el populismo generó este discurso, que no da lugar a la deliberación, que despierta pasión antes que sentido republicano, que articula un vigor metafórico, de construcción de hipérboles, de radicalización y, fundamentalmente, de dramatización. Hace cinco años llamaba a esto el “reemplazo de clase política” en un contexto de “nacionalismo básico”, sosteniendo que era esa la naturaleza del cambio que se produciría frente a la crisis general que vivíamos. Me ratifico en la apreciación, con algunos aditamentos. Creo que el fuerte recambio de la clase política que se ha producido es más bien de naturaleza etaria antes que socialmente clasificable. Está ocurriendo una nueva estructuración de la política con las dinámicas de nuevos anillos de clientelismo, cuyos contenidos y flujos, son mucho más complejos. Asistimos tam-

bién a la recomposición de ciertas fracciones burguesas, asociados a la creación de nuevos segmentos en varias áreas de la economía (servicios públicos, constructores, importadores, servicios petroleros, mineros, entre otros).

Estamos, en este momento, en un aplanamiento extremadamente fuerte de la sociedad. No hay sociedad política, si no hay sociedad civil. Se han exacerbado todos los componentes estatales y se ha sustituido cualquier forma de expresión intermedia. El grupo en ejercicio gubernamental tiene una vocación para caminar sobre la ausencia de sociedad y de provocar una especie de "ilegitimidad de lo social", llámese medios de comunicación, sindicatos, generadores de opinión. También, la dinámica electoral se ha vuelto adjetiva frente a estos procesos más sustantivos.

Franklín Ramírez. Tratando de colocar las coordenadas del escenario electoral que se viene, trazaría en primer lugar esta idea de una transición política de doble filo que tiene que ver con la reconfiguración del régimen político, de la organización del Estado, y del sistema político, del sistema de partidos, que es un efecto directo del cambio constituyente de Montecristi pero que es efecto al mismo tiempo de la crisis previa del sistema de representación. De algún modo las nuevas coordenadas del sistema político son el efecto de la crisis y el embate contra los partidos que se acelera desde mediados de los 90. Esa crisis ya se expresó en dinámicas electorales concretas con el surgimiento de Lucio Gutiérrez y de Alvaro Noboa, como dos figuras que desde fines de los 90s e inicios de la primera década del 2000 ya

ponen en crisis la representación partidaria tradicional. En los trabajos de Pachano se ve claramente como el PSC, ID, DP, PRE, desplazan su potencial de acumulación política electoral a favor de estos partidos. Después, esta crisis que se expresa en toda su fuerza con el "que se vayan todos" de abril de 2005, permite la transición constitucional y la reconfiguración del sistema político. Entre otros factores, ello supone la apertura de un nuevo momento de reinscripción de todos los actores políticos. Se trata de un imperativo político, luego de la crisis, para que los sujetos políticos vuelvan a existir con nuevas credenciales de legitimidad democrática. Correa no desmantela a la estructura de estos partidos, estos están ya previamente muy erosionados, a ese respecto la "partidocracia" llega desgastada al momento del proceso constituyente y de algún modo eso es lo que permite la salida institucional que se dibuja en Montecristi.

Ahora asistimos a una transición institucional incierta, con un nuevo régimen de partidos regulado desde el Código de la democracia y actores políticos en ciernes. Todavía no hay plena certeza de la re-inscripción de los nuevos partidos y movimientos que pueden efectivamente operar en el tablero electoral en el segundo semestre del 2012.

Esto supone, de modo más global, una recomposición de los regímenes de intermediación previamente existentes. Efectivamente la debilidad de los partidos tradicionales refleja una crisis de representación en los partidos que surgieron del retorno democrático y que lograron, mal que bien, consolidar modelos organizativos con estructuras institucionales

y ciertas bases militantes. Esto va asociado también a un ajuste en las intermediaciones de corte más corporativo en un amplio sentido del término. Rafael Correa pone en cuestión, y creo que ello sí de modo más directo, la representación corporativa de una diversidad de actores sociales, económicos y políticos de diversa procedencia: popular, gremial, bancaria, profesional, etcétera, que también habían soportado antes cierto repudio ciudadano (abril 2005). Allí no se contestó solo a los partidos políticos sino que fue una contestación a la estructura de representación social en su conjunto. Al propio movimiento indígena le costó mucho tener existencia social en esos días. Se trata entonces de una crisis de la intermediación partidista tradicional que va asociada a una crisis de las intermediaciones más clásicas de base gremial, de base sindical, de los propios nuevos movimientos sociales. Aunque respecto a éstos habría que hablar con mucha más cautela.

En este escenario, la pregunta sería más bien, en medio de la descomposición de las intermediaciones tradicionales, ¿por dónde se procesan hoy en día la multiplicidad de demandas que antes atravesaban por la vía de las intermediaciones partidistas y corporativas clásicas? No creo que simplemente se trate de afirmar que desaparecen. Tengo una hipótesis que tiene que ver básicamente con un emergente engranaje político por dónde acceden y se procesan las demandas sociales hacia el campo político: se trata de un tipo de intermediación que establece una relación fuerte entre el gobierno central y los territorios. Hay una relación fluida con Alcaldes, con Con-

cejales, con Prefectos, con las juntas parroquiales que prefigura un dinamismo político de la acción gubernativa en el territorio. La política reconstruye el espacio de la nacional desde específicas formas de articulación e interpelación a los actores locales. Hay que ver bien cómo se procesan estas demandas en medio de una sociedad heterogénea, diversa, con distintos mecanismos organizativos previos y esto sobre todo porque la evidencia empírica deja ver que la sociedad estaba ya frente a un proceso de desestructuración y reorganización desde inicios de la década del 2000. En efecto, el campo de la movilización popular entra en declive a inicios de la década: las tasas de participación a nivel de reuniones promovidas por los gobiernos municipales, las tasas de asociatividad, las tasas de afiliación sindical, de participación en organizaciones de diverso tipo, etcétera, (los datos del Barómetro de las Américas y otros estudios de opinión lo corroboran), los niveles de conflictividad social, y el activismo de protesta –todas estas dimensiones– entran en reflujo desde inicios del nuevo siglo. Aún en medio de la recomposición de las mediaciones políticas, y en medio del declive del interés por la acción colectiva pública, el gobierno de la Revolución Ciudadana tampoco ha hecho mucho por promover la participación popular y entrar en interlocución con las dinámicas asociativas existentes y en el marco de un respeto a su autonomía. Ello a pesar del propio “régimen participativo” dibujado en Montecristi. En definitiva estamos frente a una transición en los regímenes de intermediación, con débiles niveles de participación social, y

en un marco en que los actores políticos se reconstruyen con un alto nivel de incertidumbre. Todo ello estando a las puertas de un nuevo proceso electoral.

En segundo lugar me parece que una novedad sobre todo en relación a los años 90 es esta idea de lo nacional como espacio de la política. Paúl Carrasco, el Prefecto de Azuay, presenta su candidatura en los suburbios guayaquileños, el gesto político es elocuente: con la Revolución Ciudadana el espacio de lo político tiende a nacionalizarse. Ya no se puede operar desde estrechas lealtades territoriales. La estructuración de una política nacionalizada responde al peso de un liderazgo con amplia y heterogénea capacidad de interpelación política y al relanzamiento de un proyecto de acción pública que se quiere nacional y nacionalista. Así, es fundamental para todos los actores, si quieren jugar con relativa fuerza y presencia pública, aparecer políticamente no solo como expresiones particulares, regionales, localizadas sino con una cierta proyección y existencia en el espacio político de lo nacional. Guillermo Lasso y su estructura del Banco de Guayaquil responden a ese proceso: un Banco que progresivamente se ha ido configurando como un actor nacional en el sistema financiero y que en torno a dicha plataforma se coloca por fuera de una matriz política local (guayaquileña) centrada en reivindicaciones de la ciudad, de la identidad, de la expresión territorial de intereses localistas

Los trabajos de Flavia Freindenberg dan ya ciertas pistas de como el sistema electoral, tanto por la vía de Correa como por la vía de Lucio Gutiérrez, alcanza un nivel de representatividad te-

rritorial más grande que el que se venía observando con anterioridad. Una mayor homogeneidad en el caudal de votos a nivel de todo el territorio y una implantación de fuerzas que alcanzan a proyectarse más allá de sus bastiones electorales locales. Si uno toma en cuenta este detalle, la nacionalización de la política se habría acelerado con Correa pero con la emergencia de Lucio Gutiérrez ya se observaba la implantación de un actor con apoyos territoriales más dispersos y homogéneos en todo el espacio nacional.

El tercer punto tiene que ver con el cambio de la frontera política que va a estar en juego en el escenario electoral. Desde 2006 hasta el 2009 la Revolución ciudadana y Correa logran trazar una frontera política que funciona de modo eficiente al poner por delante esta figura de “todos contra la partidocracia y el neoliberalismo”; una frontera que funciona grosso modo hasta las elecciones presidenciales de abril de 2009. Aunque entre el fin de la Constituyente y la votación de abril 2009, el apoyo más “orgánico” a la Revolución Ciudadana ya se empieza a desconfigurar, estos dos grandes campos existen y la frontera tiene alta eficacia política y simbólica. Organiza preferencias, discursos, estrategias y adscripciones políticas. Esta frontera empieza a derruirse en 2010 con el “desmigajamiento” del campo popular que se presenta a sí mismo, precisamente, como el antagonista por excelencia de la partidocracia y de la larga noche neoliberal desde los años 90. El MPD apoyó a Rafael Correa, y no presentó candidato presidencial en el 2009. Esta agrupación, y sus gremios satélites, se distancian del oficialismo en

el marco de la transición post-constitucional y el debate de específicos proyectos de ley. Igual sucede con el campo organizativo ligado a los actores cercanos a la CONAIE. La frontera colapsa, finalmente, en el marco de la consulta popular de mayo 2011 en que sectores sociales y políticos que operaban como aliados fuertes de la Revolución Ciudadana toman distancia del proyecto por sus incoherencias programáticas. El arco de aliados políticos de la Revolución Ciudadana se restringe, salen actores colectivos fuertes como Ruptura de los 25, y aliados que más bien a título personal aparecían como figuras emblemáticas de la Revolución Ciudadana.

Desde entonces, el campo político se parte grosso modo en tres: la oposición de derechas que había existido desde el inicio del proceso y, como consecuencia de la fragmentación del campo progresista, la izquierda en el poder más un polo organizativo que ha ido acumulando respaldos en los últimos meses.

La frontera de todos contra el neoliberalismo y la partidocracia deja de funcionar y ahora la frontera parece ser el propio Correa: "todos con o contra Correa". Ya no es todos contra la partidocracia, todos contra el neoliberalismo, es todos con o contra Correa, eso es el eje del debate político electoral que se viene. Al respecto conviene anticipar algo: me parece que ello tiene unos efectos complicados sobre el campo de estructuración del programa político ideológico de todo el espectro de quienes van a disputar la elección presidencial. ¿Cómo moverse programáticamente en un escenario político cuya frontera es, simplifiquémoslo más aún, la bondad o la perversidad del líder?

Hernán Ibarra. El fenómeno más inquietante de los últimos años es un hecho que no había ocurrido en otras épocas y es que se vuelve algo indistinta la acción política de un líder, del Estado y al mismo tiempo el efecto que esto tiene en su movimiento político, hace que las dinámicas del Estado y las dinámicas del movimiento PAIS estén jugando en función de la acción del líder y esto parece ser un fenómeno que nos remite a la imagen del PRI en México. En la década del 40 tenía un satélite marxista que era Lombardo Toledano con una parte del sindicalismo. Después hubo el PARM, un partido de raíces regionales que también actuaba en la órbita del PRI. Era una constelación de actores que confluían hacia el partido eje. En el país, se están constituyendo movimientos que confluyen hacia el partido o movimiento madre, estamos en este caso con el Movimiento Avanza dirigido por Ramiro González que también tiene un efecto tremendo en la desestructuración de la Izquierda Democrática; el movimiento Poder Ciudadano que lidera Diego Borja, otro movimiento que es periférico a Alianza País. Es una configuración de movimientos dentro de un movimiento, pero todos estos a su vez articulados a alguna dinámica estatal interna específica que les permite tener equilibrios de fuerzas internas. Todos con Correa también implicaría una articulación a ciertas ramas del Estado, estamos en una fase movimientista con múltiples factores de confluencia que además se revelan como movimientos dentro de la misma dinámica del Estado, el cambio de Ministerios, el paso de un grupo de gente hacia uno u otro lado es una dinámica que está fuertemente concentrada

en el espacio estatal y ya estaríamos de nuevo en la matriz Estado céntrica de la que hablaba Cavarozzi hace años.

Luis Verdesoto. Esa es una discusión importante: Si en Ecuador alrededor –aunque no exclusivamente– de PAIS está incubándose un PRI o no. En América Latina muchos movimientos políticos quisieron hacer partidos similares al PRI. Y todos los émulos del PRI sacaron unos hijos diferentes/distorsionados. PAIS pretende parecerse al PRI, no el de Lombardo Toledano sino de Salinas de Gortari, es decir, burocrático, sin bases sindicales ni carne social, pero imbuido de un sólido despotismo generado alrededor del liderazgo.

El primero de mayo miré situaciones curiosísimas en las diversas marchas, las dos columnas del gobierno y la de la oposición. En esta última, la marcha estaba formada, básicamente, por algún empleo público y poco empleo privado, quizás la composición clásica en la movilización sindical en la oposición. En la otra marcha, estaba el empleo (más funcionariado que trabajadores) del lado estatal, caricaturescamente más cercano a la imagen del PRI. En una banda, en la que caminaban los funcionarios de PAIS, estaba encabezada por el Ministro de Trabajo que recibía los vítores de los funcionarios del Ministerio de Educación y de algún otro Ministerio. (Había visto algo parecido solamente en México). Fue dramático, pero también espeluznante, pues se veía pisoteada a la autonomía de las clases subalternas. En la otra banda, del lado gubernamental, también encabezada por otros Ministros (Desarrollo Social, Secretario Nacional de Inteligencia), los Ministros eran vivados por los chóferes, que al día siguiente recibirían

una subvención para evitar a los precios reales de las tarifas.

He podido contactarme con los partidos de todo el espectro político de todo el país para exponer una investigación. En esas reuniones, la representación del Ejecutivo era una federación de diferentes, inicialmente PAIS –muy burocrático, AVANZA –burocracia mas matizadamente social–; con discursos diferentes, PAIS en defensa del gobierno, AVANZA asumiéndose como socialdemócratas. En este campo, también concurrían “partidos regionales”, soportes locales de gobierno. Pero lo más peculiar fue una vertiente caricaturesca y grotescamente ecuatoriana de PRI emergente; fueron grupos “copia de la morfología de la burocracia estatal” tratando de buscar representación (empleados de gobiernos subnacionales o de organismos desconcentrados, por ejemplo). También aparecieron los partidos marginales o satélites de PAIS. Me quedó la idea de que efectivamente no está construyéndose un sistema de representación, sino un cuoteo que se “resolverá” en el bonapartismo presidencial, que otorgará premios, diferirá compromisos y contendrá resentimientos. Como sabemos de la historia, el bonapartismo es pariente cercano del despotismo, espectro que resuelve la vieja situación “en que los premios no avanzan para todos”. Recuerdo a René Zabaleta, que invocaba aquella frase de que “el PRI paga o pega”.

Los diversos anillos de clientelismo que se estructuran localmente, efectivamente muestran que están estructurándose nuevas coaliciones sociales en los territorios, sustratos de la política para los siguientes años. En ellas se han juntado tanto antiguas bases del populismo roldo-

sista como de la derecha socialcristiana, con los sectores regionales emergentes. El “mérito” estatal es haber transformado a la política pública sectorial en un actor de la articulación clientelar que deviene en coaliciones territoriales regionales. El piso es una recuperación de las provincias y cuencas regionales, que no surgió con este gobierno, sino que ocurrió desde la crisis del 2000, y la capacidad de recuperación para el “rebote”, que se dio en los territorios, particularmente en Cañar, Azuay, Tungurahua, Manabí, El Oro, Los Ríos.

Respecto del planeamiento de Franklin, creo que efectivamente hay puntos de quiebre con la asonada del 30 de Septiembre y con la construcción de la “exótica” mayoría que se produjo en la consulta. Pero no estoy seguro que se haya construido una plataforma común con la oposición, que marque una relación diferente. Hay un tema estructural. La forma de hacer política del presidente es evitar una relación sistémica con los otros –oposición– lo que se puede mirar con claridad en el Parlamento. No se ha formulado una nueva relación sistémica para hacer política entre gobierno y oposición. Correa vive de “patearle en el piso” a las posibilidades representativas de los diferentes para evitar que emerjan, de estimular a la reproducción permanente de la crisis representativa y de sus agendas previas. De este modo, encierra a la oposición en un estrecho camino de alternativas entre “Correa y anti-Correa”. Creo que nuestro país tiene todavía una tarea previa, que es construir una plataforma común gobierno-oposición, construcción política sistémica que permitirá progresar a la política.

Correa tiene un gran sentido de ubi-

cuidad. No fue el responsable de la crisis del sistema de partidos. Pero sí estuvo “parado” en el lugar preciso y en el momento oportuno. Cuando se desplomó el sistema político, él pudo “golpear la puerta” de las definiciones políticas, y entró solo y él primero, al nuevo salón de la política, cansada de la crisis y demandaba estabilidad. Su esquema fue bastante sencillo: altísima inversión pública e incremento de consumo, que derivaron en inocuidad social, apoyada por un complejo institucional ad hoc.

Jorge León. Quisiera situar cuáles son las bases sociales de la política; los procesos que están creando de facto una repartición de la escena política y cómo se construyen actores políticos porque muy bien podemos ver que no necesariamente son los partidos políticos. Entonces es un poco más que la redefinición corporativa, las bases sociales de la política o del ejercicio político. Veo fenómenos de largo plazo en esta construcción de la idea de pueblo que no es una invención de Correa pero claro él le ha dado una envergadura mayor y una ideología nacionalista del acceso a derechos. La idea de pueblo es el que puede acceder a derechos o servicios públicos, ideología de la eficacia del servicio público que tiene que llegar para todo el mundo; nos tocó una Revolución Ciudadana sin ideología y sin concepción de lo ciudadano y es más esta visión de la repartición de servicios.

La interrogante para las bases sociales del funcionamiento político es esta idea de pueblo, pero la política necesita actores ligados a un ejercicio que es doble, la construcción de la legitimidad que en este caso viene en gran medida

por las elecciones y por el ejercicio político. Mi pregunta es cómo hace el gobierno para hacer reales sus políticas públicas, por ejemplo les hago un contraste, pensemos Bolivia de los años 60-70 con el pacto militar campesino, ¿qué significaba para un Estado cuyo aparato de Estado era raquítico, débil, para hacer efectivas sus políticas? Necesitaba de una mediación fuerte para llegar a la sociedad como el aparato no podía hacerlo llegaba a través del sindicato y de su red comunitaria.

Acá, en Ecuador actual, estamos con lo contrario, con un aparato político fuerte que no es nunca sin sociedad, pero debilitados los actores sociales anteriores, mi pregunta es cómo hace el gobierno para llegar abajo. Ese es un elemento clave del ejercicio político y claro en ciertos casos siguen siendo las organizaciones por la cooptación que está haciendo en muchos de los casos, en otros casos, incrementa el mismo aparato del Estado abajo, para tener a gente que venía de las organizaciones o no, que se ramifica con la sociedad para poder conectarse. Tú puedes decretar cualquier cosa arriba, abajo tienes que volverlo comestible, aceptable, entonces mi primera conclusión sería esta intensificación o incremento impresionante del aparato del Estado como instrumento del juego político. Pensemos en la gente del Ministerio de la Política, en donde por un lado están los expertos en nexos con las organizaciones, el cual es muy coercitivo, y la nueva construcción del control estatal y el trabajo directo con el Municipio y la Junta Parroquial. Es decir, la refuncionalización del aparato del Estado ya no solo del gobierno, ya no es

solo el Ministerio, ya no son los funcionarios sino la Junta Parroquial, el Municipio, el Consejo Provincial están siendo completamente refuncionalizados al aparato del Estado gubernamental, o más precisamente del gobierno central.

Hay un incremento del aparato del Estado, una reorganización funcional de los diversos aparatos de funcionamiento de la división estatal que antes en Ecuador estaban muy fraccionados y ahora han logrado integrarlos a esta nueva lógica de repartición. No es ideológico, no es una construcción de la legitimidad con las ideas, es más esta nueva lógica de burocratización de la política la cual es un funcionamiento donde el aparato partido se ha vuelto el interno de la burocracia del Estado. Así han bajado las mediaciones sociales y políticas y ahora lo que cuenta son las diversas instancias burocráticas y del Estado, burocráticas de los Ministerios, de la Secretaría de los Pueblos que han incorporado a la sociedad civil de antes dentro del aparato y están actuando en consecuencia y el otro, la parte estatal local e intermedia, las Juntas Parroquiales, el Municipio, es una especie de burocratización de la política de adentro.

La otra consecuencia que me parece de esta *aparatación* estatal es que se ha construido más un vacío social en una sociedad que era lo contrario, pero lo que quiero subrayar es que la fragmentación anterior efectivamente se ha atenuado pero sin construcción de una nueva razón de Estado ni razón social. Hay más una razón del nuevo bonapartismo como consecuencia del bajón de las mediaciones y el incremento del aparato del Estado y que para funcionar ne-

cesita la coerción, porque la virtud de las mediaciones es justamente construir una legitimidad aceptable. Lo otro es que hay tendencias sociales que venían de antes, por ejemplo, esto mismo de por qué bajan las organizaciones indígenas. En mi análisis, la organización indígena pierde importancia por diversos procesos, fuera de lo que ellos llaman errores, como el apoyo a Gutiérrez, etcétera, creo que es definitivamente nuestra tendencia nacional, social, a incrementar el aparato institucional y de Estado y eso fueron las Juntas Parroquiales. En varios lugares, he visto de cerca que la organización apoyó para que la Junta Parroquial sea indígena, de cierto modo fue como que la organización social indígena, para hablar los términos de moda una corporación étnica ya se vuelve del Estado. Para los indígenas este proceso les daba orgullo, estaban conquistando un Estado que fue contra ellos, fue una lógica de equidad social. Luego, el Presidente de la Junta ya no va cuando convoca al presidente de la organización, los comuneros también participan menos en la organización, es más legítimo estar con el que eventualmente te da no solo prestigio sino recursos. La Junta Parroquial obtuvo recursos, no solo con Correa, antes ya estaba el fenómeno, cumplía funciones sin tener presupuesto propio sino algo para el funcionamiento de captar recursos del Municipio y del Consejo Provincial, entonces era una intermediaria en la captación de recursos, el Presidente de la Junta y la Junta misma, lo cual le daba prestigio en detrimento de la organización que antes con la protesta con sus demandas en cabildeo los obtenía.

La Junta Parroquial, por lo mismo, ya

cumplía la función que ahora se ha desarrollado más, que es la lógica de control. En efecto, la Junta tenía la tarea de definir un plan de desarrollo pero éste se enmarcaba en esta lógica comunitaria, no podía salir de esto, para los comuneros era su plan de Junta Parroquial. Este proceso tenía como consecuencia que las organizaciones perdían su plan o se volvían simples apoyos de la Junta Parroquial. En otros términos, la emergente sociedad civil rural terminaba funcionalizada a la Junta Parroquial entonces eso fue lo que ya en gran medida, al menos para el sector rural, hizo perder legitimidad a las organizaciones indígenas y por medio de éstas lo que podríamos llamar el movimiento rural indígena. Lo otro es que no lograron comprender la ruralización, no tienen una política sobre la ruralización pero quería insistir sobre esta lógica más institucional ecuatoriana de que ya venía desde antes y estaba limitando la acción de las organizaciones sociales. Esto sin considerar para nada los aspectos propios a los ciclos de protesta o a aspectos de estrategias con falencias o límites en su acción colectiva.

En el sector urbano es diferente, creo que ahí se ha dado más una lógica de redefinición clientelar por intermedio de las organizaciones sociales y que a la larga al volverse muy clientelares van perdiendo su legitimidad y su razón de ser, es lo que les pasó en Quito a las organizaciones barriales con la ID y con la DP, porque la DP les hizo funcionales a su lógica de funcionamiento, inclusive el aparato de participación que creó la DP en el Municipio tenía como función captar los dirigentes barriales, locales y luego la ID hizo algo similar, por eso digo que es más

una lógica de redefinición clientelar. Los primeros datos que dispongo de la situación actual es muy similar, sin embargo cambia el contexto general del gobierno que puede crear más empatía con estos sectores e incidencia en diversos aspectos de su condición social, entre otros su identidad social.

Luis Verdesoto. Esta coyuntura va a ser propicia para hacer una evaluación institucional. Siento que muchos le entregaron a la Constitución de Montecristi un carácter fundacional, cuando solamente ha tenido la solidez de una carpa de circo. El fetichismo institucional es una forma muy ecuatoriana. Junto al vaciamiento de sociedad, al que hice relación, existe un vaciamiento de liderazgos. No hay liderazgos emergentes, peor aun el gobierno. El caudillo succiona todas las energías de sus “segundos”, que solo administran su debilidad. En los diversos estamentos del país, toda la energía que se puede generar en la construcción de liderazgos, termina en la castración de su misma capacidad reproductiva.

Pese a que podría ser prematuro afirmarlo, las instituciones que surgieron en Montecristi se han asentado tan mal, que no queda ninguna que pueda estimular el modelo político que pudo aupar Correa. Ninguna relación y/o mediación sociedad-Estado, Estado-mercado o Estado-territorios está funcionando. Tenemos fracasos espectaculares como la función ostentadamente denominada de Participación Ciudadana y Control Social. Para una nueva relación electoral, sea de construcción o deconstrucción partidaria, el Consejo Nacional Electoral es un fracaso extraordinario, que no ha logrado administrar lo mínimo de sus responsabilida-

des y peor aún provocar una reforma, para salir del arcaico sistema electoral que nos rige. El Tribunal Constitucional es un reflejo institucional de la inadecuación del “neoconstitucionalismo” en el país. Ha organizado un sistema de legitimidad en torno a la justicia constitucional, que solamente ha cumplido la función de consumir y desaparecer a la soberanía popular que le fue arrebatada al Parlamento. Vivimos un temprano desplome de instituciones que nunca llegaron a erigirse. El Parlamento, curiosamente, ha logrado vender a una parte de la opinión pública, que es portador de un “orden” que lo separa de la imagen burdelesca que tenía. Es decir, ha logrado intercambiar la ineffectividad fiscalizadora por el mal menor de un orden sumiso (un buen ejemplo de intercambio de desventajas, un “trade off”).

No solamente existe un liderazgo omnipresente, invasivo, imbuido en una lógica autoritaria, sino que la sociedad ha sido desactivada y se ha convertido en una masa indiferenciada, en “mayoría plana”, sustento de una democracia sin calidad, sin sistemas de mediación. Desde esa situación, los antes mencionados paquetes de capital emergente buscan y consiguen injerencia política; han aceptado la separación que se les propone entre adopción de decisiones y su más nudo interés, que está siendo cubierto con excepcionales ventajas. Se ha configurado un mundo ideal, de trepidante acumulación sin intercambio en el soporte político, lo que estimula a la reciprocidad inversa. La lealtad que se busca para la inserción externa, naufragará en la forma de hacer política. Ésta solamente estimula a la lealtad de la básica ganancia y de la

obediencia para la ganancia. Finalmente, los convocados como bases sociales de la democracia, serán sus soportes menos consecuentes.

Franklin Ramírez. Quiero dejar constancia de una preocupación, la comparación que se hace entre el PRI y Alianza País, sin negar que haya usos políticos del Estado, no me parece del todo rigurosa. ¿Cómo comparar un partido con una plataforma política que lejos está de tener la sólida estructuración del PRI mexicano? También me dejó impresionado como Luis vio el primero de mayo. Yo también estuve ahí, yo vi que los sindicatos públicos están partidos en dos. Es peligroso usar las anécdotas como arma de fundamentación sociológica, y me limito a constatar que hay una división en las bases sindicales que marcharon en uno y otro lado. Están los sindicatos y organizaciones cercanos al partido comunista, la FEI, los nuevos sindicatos bolivarianos y otra nebulosa que está emergiendo ahí que camina junto al gobierno. Por otro lado se coloca una amplia gama de pequeñas y medianas dinámicas organizativas que terminaron con cualquier vínculo con Alianza País. Esta partición no es una particularidad de las organizaciones ligadas al mundo del trabajo. Pasa igual con los profesores, con la FEUE -esto no es una anécdota- en que se ha visto como el control del MPD de las organizaciones universitarias y de las mismas "FEUES" ha decaído y se están organizando nuevos movimientos universitarios que se han servido de la Revolución Ciudadana para dar esta disputa: los comunistas en Cuenca, el nuevo movimiento universitario en Quito, etcétera. Se abren nuevos campos

de alineaciones políticas.

Retomando el debate, ratifico mi tesis -más allá de la eficacia institucional del diseño constitucional-, respecto al inicial "trazado de fronteras" políticas como efecto de la emergencia de la Revolución Ciudadana. Montecristi se configura como un proceso constituyente con una alta capacidad de articulación política de las fuerzas que habían contestado el neoliberalismo (que sectores conservadores y de la derecha dicen que nunca existió en el Ecuador y que por lo tanto la matriz Estado céntrica siempre estuvo ahí). Ese fue un momento de interlocución amplia que se reflejó desde un inicio con la formación de un "mega bloque" que articulaba a Alianza País, la ID, Pachakutik y al MPD. Este bloque tuvo influencia en la dinámica de las deliberaciones internas por sobre el funcionamiento general de la Asamblea Constituyente. Esa dinámica a su vez se juega en la relación entre ese espacio de la política y la participación popular en el marco de una sociedad debilitada. Una sociedad civil más acostumbrada al lobby, más pragmática, con consultores, con negociadores, interviniendo en las mesas y no simplemente operando por medio de las formas más convencionales de acción colectiva (la movilización y pliegos de peticiones). Se trata de una tendencia más general en el conjunto del campo de los movimientos sociales.

En cualquier caso, el espacio de rearticulación política instituido en torno a Montecristi forja una dinámica de reconocimiento e interlocución entre actores políticos y sociales que se reconocen en la nueva Carta Magna. Así, para todos los actores que tomaron parte de la

Constituyente y estaban empujando el proceso, las elecciones del 28 de septiembre del 2008 eran un nítido parte aguas en la historia de la lucha política que venía gestándose desde tiempo atrás. Aún en medio de confrontaciones y embates de diverso tipo todos terminan jugando al “SI” en ese referéndum crucial en el proceso de consolidación de las líneas generales del cambio político del país.

Entonces, efectivamente, a mi me parece que eso sí juega como una frontera de significación política, de articulación que se desvanece porque precisamente esa gramática de interlocución y reconocimiento desde Alianza País y sobre todo desde el presidente, entra en crisis. La celeridad con la que se quieren procesar los cambios postconstitucionales, esta idea de aprobar 16 leyes fundamentales en 365 días, aplasta cualquier posibilidad de interlocución política con aliados y detractores y acelera las tendencias al desconocimiento de la contribución histórica de la acción colectiva al proceso de cambio.

De igual forma, es en el margen de la discusión de la transición post-constituyente que se observa el efecto de la desconfiguración de las fronteras políticas.

En esta discusión post-constituyente se fragua la intensificación del conflicto social, de la confrontación social y se deshace esta frontera de todos contra la noche neoliberal y contra la partidocracia. En 2010–2011 se observa una multiplicación de la conflictividad social que había caído a sus niveles más bajos entre 2002-2004 con el acceso de Gutiérrez al poder (menos de 260 por año). Con las cifras de la conflictividad que propor-

ciona el CAAP se puede observar que en el momento constituyente ya se registra un promedio de 350 conflictos entre 2007 y 2008. En 2010 y 2011 dicho proceso se acentúa: más de 800 conflictos cada año. Estos conflictos se gestaban en el campo de lo laboral privado, lo laboral público, lo urbano barrial, lo cívico regional. Creo que desde allí debe trazarse la hipótesis de una lenta recomposición de la sociedad civil en el margen de un complejo tránsito institucional que transcurre también lentamente. Claramente se trata de conflictos que no provienen de los actores colectivos clásicos. En el tránsito postconstitucional, entonces, tenemos que el juego de la recomposición de las mediaciones políticas y el procesamiento de las demandas sociales se fragua progresivamente en distintos niveles. No basta con decir todo aquello que se descompuso y entró en crisis. De alguna manera los actores sociales, los actores políticos, fabrican estas mediaciones, las disputan y dan forma a un nuevo andamiaje para la negociación de demandas e intereses de diverso tipo. De lo contrario hablaríamos simplemente de la supresión absoluta de la acción social.

Estoy haciendo una comparación de cómo los sistemas de poder local, específicamente a nivel municipal, están readaptándose, readecuando, disputando el régimen participativo de Montecristi. Las leyes de participación ciudadana, el COOTAD, el Código de finanzas públicas, marcan un campo de normatividad pública de la planificación participativa en cuyos márgenes los actores sociales procuran insertarse y producir una regulación local asociada a sus particulares

experiencias y modos de ejercicio del poder local. En el caso de Cuenca aún antes de que se apruebe la Ley de participación ciudadana, el municipio recibió varias decenas de pedidos de silla vacía. Tuvieron que improvisar entonces una ordenanza ad hoc para poder regular eso, igual cosa sucede en los otros cantones. Las demandas de participación van aparejadas con una disputa por los marcos institucionales en que aquella se traza. En torno a esta recomposición de las mediaciones, locales en este caso, pasa la reflexión sobre las bases sociales de la política.

No se trata de puras iniciativas desde el nivel municipal. Los propios actores locales levantan una demanda política para tomar parte de la reconfiguración de las instituciones participativas (Consejo de Planificación Local, Instancias de Participación) en sus particulares contextos. Así sucede en Cotacachi y en otros casos, porque a nivel local los actores, las organizaciones, están procurando dar formatos específicos a un régimen de participación que juzgan como más o menos virtuoso. Al comparar entre diversos escenarios locales se ve que la construcción de esta institucionalidad participativa toma forma específica según las experiencias de democracia local previas. Ahí hay una inscripción en el conflicto político por la institucionalidad post-constituyente.

Vemos entonces como a nivel de las instituciones locales se fragua una disputa por una nueva gramática pública por insertarse, negociando, resistiendo y contestando, en el cuadro de las estipulaciones normativas de Montecristi. Vemos también como desde 2010 se re-

construye la dinámica de la conflictividad social. Todo ello supone poner en cuestionamiento esta idea de un pleno y absoluto vaciamiento de lo social. Ahí más bien yo diría que hay que advertir las características sociales de este tránsito político-institucional y observar que efectivamente en dicho escenario no se forja todavía con claridad la recomposición de dinámicas de acción colectiva robusta, con un carácter territorial ampliado, pero si se observan una serie de iniciativas políticas de la sociedad para reacomodarse y disputar el nuevo entorno político del país. Entre otras cosas, la misma marcha de marzo refleja que efectivamente los actores sociales, las organizaciones del campo asociativo indígena-campesino, de ciertos gremios, etcétera, luego de una larga tregua política, de un reacomodo, de una suerte de parálisis, empiezan a reconfigurar sus dinámicas organizativas y a insertarse en una nueva estructura política. Los costos de la movilización han sido elevados pero efectivamente alcanzaron a dibujar un despliegue efectivo de sus fuerzas, de sus esfuerzos. Sin dejar de decir que aquello tiene que ver con la coyuntura política, es cierto también que las protestas de marzo dejaron entrever algo más que una pura batalla política previa a la contienda electoral. Reactivación de las micro-arenas de movilización, despliegue activo de alianzas transversales, marcos discursivos adecuados al entorno, excelente recepción de la opinión pública y mediática, etcétera. Luego de fallidos intentos previos, los actores sociales –en confluencia con actores y partidos políticos– alcanzan a constituir un escenario de algo así como un levantamiento aunque con menor

poder de convocatoria e interpelación. Así, constatando esta debilidad de lo social, este carácter gelatinoso de la sociedad civil, hay ciertas pistas que permiten insinuar más bien su progresiva reconfiguración en el marco de una fuerte iniciativa política del Estado y un dinamismo de la acción gubernativa. Este último elemento es de crucial importancia para entender el vigente escenario político.

En efecto, en la medida en que la Revolución Ciudadana llega al poder sin partido y sin movimientos de base que lo respalden, y en la medida en que esa construcción se hace, de modo precario y deficiente, mientras se gobierna, desde un inicio del proceso hay una fuerte apuesta del gobierno por “hacer política desde las políticas”. El dinamismo de la acción pública y la ampliación de la agenda de políticas públicas aparecen como su principal dinámica de irradiación política, esto va de la mano con esa debilidad de las intermediaciones sociales con las que se encuentra el gobierno y con la debilidad de sus esfuerzos organizativos como estructura partidaria. Así, en medio de la volatilidad ideológica de la población, de la debilidad de la estructuración organizativa de la política y de la sociedad, el gobierno no ha parado en sus intentos de procesar y responder a una serie de demandas de política pública largamente represadas. Eso no significa necesariamente eficacia de las políticas –aunque en algunos casos hay evidencias de aquello– sino dinamismo político desde la agenda gubernativa. No perder iniciativa de acción pública. Abrir agendas, compromisos, políticas. Cuando uno ve las encuestas durante

estos cinco años de gobierno y compara las dos variables clásicas que usan los estudios de opinión pública, “apoyo a la gestión” y “credibilidad presidencial”, se observa que desde el primer año de gobierno el apoyo a la gestión ha estado 10 ó 15 puntos por encima de la credibilidad presidencial. Entonces es la acción gubernativa la que se coloca de algún modo por encima de la “palabra del líder”. Se traza ahí la idea de un más amplio margen de satisfacción de las demandas, de reducción de las expectativas ciudadanas respecto a la acción de la política pública. Ello pesa más que los grandes discursos del liderazgo presidencial. Es en medio de este dinamismo de la acción gubernativa de las políticas públicas –que no se concentra en el aparato político de algún ministerio– que se configura un andamiaje de intervención territorial específica y diferenciada según las localidades y agencias públicas. Esta iniciativa política ha jugado a favor de estas cotas elevadas y sostenidas de credibilidad, de confianza, de apoyo a la gestión pública. Ello juega a su vez a favor de la recomposición de la credibilidad institucional, de la política y de mayores niveles de apoyo a la misma democracia. Todas las instituciones recomponen su imagen en estas variables que los politólogos usan para el análisis de la cultura política y la confianza institucional. Este movimiento excede la figura presidencial y abarca otras instancias públicas, incluso ha crecido la credibilidad del sistema de justicia. Los datos de Latinobarómetro y del Barómetro de las Américas (LAPOP) son claros al respecto.

Entonces me parece que la acción pública estatal se coloca como un sostén

de acción política en el marco de mediaciones políticas fragmentadas y de la imposibilidad de Alianza País de estructurarse como una fuerza política, como un partido deliberante, democrático, organizado. Coincido con Luis, además, en la idea de que PAIS siempre fue una coalición de facciones. En esa lógica de facciones, precisamente, lo que se ha transformado en estos años es que los movimientos locales y regionales -que en algún momento estuvieron en la oposición- globalmente se han ido resituando en mayor proximidad a la Revolución Ciudadana. Ello proviene de lógicas de articulación que no necesariamente tienen que ver con convergencias programáticas pero que responden a un trabajo político de bajo perfil en estos años. Aquello se ve sobre todo en la costa, y con menor nitidez en la sierra central donde el gobierno de la revolución ciudadana no ha superado el techo del 30% en las elecciones, por una presencia muy fuerte de Sociedad Patriótica y de Lucio Gutiérrez. El PSP desde el 2002 no ha bajado del 20%. Lucio Gutiérrez es el segundo gran elector y tiene una estructura territorial importante sobre todo en sierra centro y en la amazonia.

Por último, cabe observar que Guillermo Lasso ya lanzó su candidatura y muy rápidamente se han alineado en torno a él las cámaras y los sectores empresariales. Aunque es cierto que los intereses de este sector no han sido estructuralmente afectados en estos años, el solo hecho de su extrañamiento del poder, de su imposibilidad de acceso e influencia política directa sobre los entornos presidenciales hace que procuren promover alternativas políticas "propias".

En estos sectores el discurso político es claramente anti-estatal, anti-impositivo, pro flexibilización laboral y financiera, y pro liberalización del comercio (inversión extranjera, seguridad jurídica para el capital). Se trata de cuatro ejes discursivos que han sido constantes en estos gremios, lo que deja entrever de cara a las elecciones del 2013 que el margen de construcción de programa político de estas fuerzas parece mucho más amplio que el margen que puede tener la propia revolución ciudadana y los sectores que tratan de ponerse desde su izquierda. Lasso aparece como candidato de las Cámaras, de ciertos sectores claramente identificados como sectores empresariales y tiene un escenario de articulación discursivo mucho más amplio que aquel que tienen los otros sectores. A la izquierda le queda muy difícil salirse de la articulación propuesta por la Constitución de Montecristi sobre la base de cuya existencia proclaman la legitimidad de su propia presencia política, pero al mismo tiempo esa misma Constitución aunque maltratada es la bandera que portan amplios sectores de la propia Revolución Ciudadana. En ese marco, el peso de la frontera Correa / anti Correa puede jugar con mucho más anclaje del centro hacia la izquierda. De hecho, Lasso se cuida mucho de atacar a Rafael Correa, se cuida mucho de hablar de la Revolución Ciudadana, quiere salir de ahí y quiere jugar al discurso del emprendimiento, de la iniciativa individual anti-estatal pero tomando nota de la fuerza del anclaje popular de la Revolución Ciudadana. Eso difícilmente es factible para otros sectores.

La pregunta que queda por resolver es

cómo se va a situar el centro político de cara a la contienda electoral. Desde la centro derecha a la centro izquierda quedan muchas definiciones por hacerse. Acosta y Larrea lo saben y han mencionado varias veces que no se trata solo de unir a las izquierdas sino de converger hacia el centro. Han hablado, de hecho, de la figura de Paco Moncayo como una opción para capturar a ese electorado que no se posiciona del modo radical en el que lo hacen algunos sectores de la izquierda oficialista y de oposición. Este espacio del centro está largamente en proceso de ocupación, todos buscarán apuntar hacia allá. Mi impresión es que en ese posicionamiento de las fuerzas que se colocarán explícitamente en el centro político se juega el próximo proceso electoral. El problema para tales fuerzas es que ese espacio está ya bastante copado por la Revolución Ciudadana.

Jorge León. Franklin ha puesto sobre la mesa la eficacia de las políticas públicas y del gobierno que es lo que le permitiría a la vez captar amplios sectores locales y rearticular lo local al Estado, etcétera. Creo que hay tendencias que vienen desde antes que van en este sentido y la gran interrogante es siempre cual es el peso del gobierno de Correa en estos procesos. Yo dejo simplemente planteada esta idea de que es necesario examinar entre las tendencias que venían de antes. No solo la figura de Correa sino la acción pública que en este caso es difícil separarlas, eso por un lado, lo otro es evidente, nunca hay todo Estado ni nunca hay toda sociedad. Cuando decía que hay un vacío social es que en relación a los actores de la sociedad de antes se creó un fuerte vacío, por lo menos una

reducción de su presencia que le da mucho más legitimidad al proyecto Correa persona gobernante. Hay destrucción o cambio de lo que era la sociedad civil anterior y eso le permite mayor acción al gobierno, le da más peso y más legitimidad. Claro que hay reconstrucción de los conflictos pero no sé si a través de los conflictos hay una reconfiguración de la sociedad, no sé si personalmente estamos en eso, no tengo indicios por más que veo que hay cambios. ¿Está cambiando el conflicto? es la otra interrogante o este primer período Correa con sus políticas, discursos y diversas acciones, creó mucha esperanza y frenó esos conflictos. Bueno, ahora ya estamos en otra fase, Correa ya sabemos más o menos que es, ya no es lo que se pensaba. Entonces creo que hay mayor definición de políticas frente a las cuales definirse y entonces claro actores locales están reemergiendo en relación al conflicto. Cuando yo planteaba las bases sociales de la política, no hablé de los empresarios, de las clases medias y de otros sectores más. Este país ha sido regionalizado lo que no se va a borrar eso de un rato para otro, nuestras tendencias políticas siguen siendo diferenciadas entre la Costa/Sierra, a pesar de las tendencias de cierta integración que ya se venía viendo desde antes. Las provincias de la Sierra que tienen las zonas de frontera más cercanas a la Costa, por ejemplo, desde hace tiempo votaban por los partidos predominantes en la Costa, hay nexos, hay indicadores de que estaba cambiando las tendencias electorales anteriores muy regionalizadas. No creo que hemos eliminado el hecho sustantivo que serranos y costeños pensamos diferente

con tendencias que son diferentes. Esos son temas que toca esclarecer para captar mejor el funcionamiento actual de lo político.

Estamos en una coyuntura de reorganización de fuerzas políticas, entonces las izquierdas tienen que legitimarse electoralmente sino no son y lo mismo pasa con las otras fuerzas políticas ¿cómo haces para ganar votos? Porque lo que está en juego son votos que te va a dar legitimidad ulterior en alianza o sin alianza. ¿La izquierda ganaría más aliados teniendo un candidato propio o buscando efectivamente un candidato extra de modo heterónimo? Me parece que el mismo problema tienen las derechas, Lasso es un candidato vendible al punto tal que va a ganar votos para todo el mundo o por el contrario su discurso tal como está hasta ahora, que por lo demás tiene componentes que ya han sido rechazados antes en la sociedad, le va a dar una cierta nueva identidad o la pierden completamente. Estos son aspectos claves más que Correa. Éste está ahora con el bastón, con el sartén en la mano y tiene todas las de ganar, es el elemento definitorio a ese punto. También hay otros elementos pragmáticos del juego político, ¿cómo me legitimo, cómo logro existir? Y, el otro aspecto, es el regional que siempre ha existido. Recordemos que sobre 289 organizaciones o listas electorales que creo hubieron en el 96, el 10% eran nacionales, esto no ha cambiado y creo que no va a cambiar, pero los otros eran sociales, sectoriales, pero regionales era un equivalente, los que se identificaban como una papeleta regional. Tengo la impresión que vamos a revivir el fraccionamiento partidario que

teníamos antes y por eso creo que Correa pone su campaña electoral permanente con la finalidad de ganar mayor control en el legislativo.

Luis Verdesoto. No dudo de las cifras que plantea Franklin sobre la “bondad de la gestión” y la “bondad de liderazgo”. Exactamente lo contrario ocurre en las mediciones de opinión en otros países. Muy probablemente en Ecuador suceda que el público asume como gestión al gasto público, y éste es bien recibido, como en todo el mundo, salvo en las fracciones más conservadoras del capitalismo desarrollado. Finalmente las instituciones solo pueden ser medidas por lo que la “gente” percibe y usa/consume de ellas. También, la relación gestión-liderazgo caudillista suelen ser inversas. Me interrogo, sin embargo, que a tan “buena” gestión pública debió corresponder el nacimiento de liderazgos de la gestión pública importantes (así al menos solía constatar la ciencia política). Una buena gestión pública debía generar buenos gestores públicos, que son los sucesores naturales del liderazgo político. Pero también existen datos sobre evaluación de la gestión pública en Ecuador, cuyo extremo superior es ocupado por “ningún funcionario” (ningún ministro es un buen gestor público según esas cifras) y, ese nivel, solamente es sucedido por el Ministro de Deportes, cuyo prestigio es anterior a la gestión y surgió de la cancha de fútbol. Hasta ahora en el país no disponemos de indicadores de eficiencia de gestión pública.

El presidente nos dará indicaciones del rumbo de la gestión pública a partir del nombre de su vicepresidente. Podrá ser un mero decorado inocuo, un deco-

rado partidario, un decorado empresarial. También veremos en este camino electoral, el diseño de Correa para administrar los tiempos de la economía y los tiempos de la política para la siguiente gestión. Es evidente que Correa está pensando en la modificación constitucional y en la reelección para un subsiguiente período, aprovechando para ello el “timing” de la inversión petrolera, minera e hidroeléctrica, que le permitan el excedente para la reelección. Para el manejo de ese timing, deberá producir un reemplazo de liderazgos, manejando la baraja de premios. Mantener el ritmo y la demanda creciente de ingresos públicos son decisivos para las reelecciones.

Por último, cabría razonar acerca de

la disyuntiva entre actores económicos nacionales o regionales aptos para responder al modelo de inserción internacional aspirado. Puede determinar la formulación de una política pública de doble vía o una construcción de un actor económico-social grotesco amparado en un contexto de nacionalismo básico, para asumir el liderazgo aspirado del ALBA, o de aproximación a la socialdemocracia, para entrar al escenario internacional más amplio. Sin embargo, la mayor internacionalización de la agenda política del país también pasará por la (baja) probabilidad de una segunda vuelta electoral, en cuyo caso, “todo” podría estar por escribirse.